



DON PEDRO AZEDO,

Y EL

PRINCIPE DE ARGEL.

PRIMERA PARTE.

En la ciudad mas alegre,
que calienta con reflejos
ese Farol luminante
de ese tachonado Cielo,
cuyas alfombras de estrellas
adornan al firmamento,
que es la ciudad de Alicante,

de España famoso puerto,
que hoy lo rige y gobierna,
el Rey Cárlos Cuarto nuestro,
Monarca Invicto de España,
cuya vida guarde el Cielo.
En fin en esta Ciudad,
que ya mencionada dejo

de padres nobles y ricos
nació un bizarro mancebo,
es liberal y entendido,
para las armas muy diestro.
Llamabase a questo jóven
el Señor D. Pedro Azedo,
apenas tuvo veinte años
este noble Caballero,
se enamoró de una dama,
que era la hija de Vénus.
un portento en hermosura,
y de Pallas un bosquejo.
Paseábale la calle
con amorsos anhelos
siendo un lince de sus rejas,
y otro Argos en sus desvelos,
le escribió muchos billetes,
con muchos discretos versos,
dándole á entender su amor,
y la dama conociendo
la firmeza de su amante,
aguardó lugar y tiempo,
y un domingo por la tarde
estando tomando el frezco
en la puerta del jardin,
vido venir á D. Pedro,
le aguardó con gran semblante,
llegó, y se quitó el sombrero,
le hizo una cortesía,
y le dice: amado dueño
ó que dichosos que han sido
mis ojos en este tiempo!
Pues han llegado á mirar
á tan peregrino objeto:
si merecie ra, Señor,
el ser tu querido dueño,
no hubiera cosa en el mundo
para mí de mayor precio:
le respondió la Señora,
diciéndole: Caballero,
has de saber, que mi padre
tiene su merced otro intento,
de meterme religiosa,

y yo ser monja no quiero,
porque estoy determinada
á pagar vuestros desvelos,
llegad, Señor á mi Padre,
á pedirme en casamiento,
con la respuesta que os diere,
luego despues nos veremos.
Toda la tarde pasaron
con finezas, y requiebros,
y así que llegó la noche,
alegres, se despidieron:
fué el caballero á su casa
regocijado y contento,
y así que amaneció el dia
con gran cuidado y anhelo
fué D. Pedro vigilante
á la casa de su suegro,
llegó y tocando á la puerta,
salió á abrirle un escudero,
le preguntó por su amo,
y le respondió diciendo:
en casa está su merced.
Diga usted á ese caballero,
que aquí está puesto á sus plantas
al Señor D. Pedro Azedo,
si me concede licencia,
pasaré luego allá dentro,
á hablarle cuatro palabras,
que traigo de mucho empeño.
Fué el paje, subió el recado,
pero el bizarro D. Diego
lo recibió en una sala:
y con muchos cumplimientos,
se saludaron corteses,
y declarando su intento,
D. Diego dijo: Señor,
yo tengo hecho el concepto
de meterla religiosa,
pero no sé sus intentos
y para que no dudeis
ni en mí nunca pongais duelo,
aquí en presencia de todos
será bien que la llamemos,

Llamó á su querida hija
la cual acudió al momento,
mas blanca que una azucena,
y aun mas hermosa que Vénus;
entró en el cuarto, y mirando
á su muy amado dueño
disimuló cuanto pudo,
y dice el anciano viejo:
Has de saber hija mia,
que este noble caballero
te ha pedido por esposa,
solo tu respuesta espero.
Respondió determinada
con un semblante alhagüeno,
diciéndole; Señor padre
yo tengo echo el concepto,
de daros gusto cumplido
en lo que mandais, y es cierto
que si es cosa que conviene,
yo estimo mucho á don Pedro,
y lo tendré por mi esposo,
siendo usted gustoso en ello.
Viendo la resolucion,
entre los dos dispusieron
se efectuasen las bodas,
y tambien al mismo tiempo
se dieron palabra y mano,
estos dos amantes tiernos;
querer contar las finezas.
solo á el silencio las dejo.
Despidieronse corteses,
y aquella tarde don Pedro
solo se bajó á la playa,
por divertir pensamientos,
y andándose recreando,
vió que abordaba en el puerto
un barquillo de corsarios,
que traian prisioneros
cuatro turcos argelinos,
y reparó el caballero,
que entre los cuales venia,
un vigilante mancebo,
tan dispuesto, y bizarro,

tan cortés como discreto,
le dijo al que gobernaba,
que si queria benderlo,
dicen que sí y lo ajustaron
en ciento cincuenta pesos.
Tomandolo por la mano;
lo entró en casa de su dueño,
y le dice, amada prenda,
hoy he hecho aqueste empleo,
qué te he comprado un esclavo
que te sirva de escudero:
mira que lo trateis bien,
que es hombre de grande arresto.
Lo recibió la Señora,
y quedó en casa el mancebo,
sirviendo tan lealmente,
que estan los amos contentos;
mas un dia por la siesta,
en tiempo que está D. Diego
recostado allá en su cama,
pagándo tributo al sueño,
fué D. Pedro á ver su dama,
y entró con algun silencio,
mas á el pasar por el cuarto
del turco, oyó que con tiernos
suspiros se lamentaba,
y decía aquestos écos,
oh! desdichado de mi,
que de esta suerte me veo,
siendo principe de Argel,
y ahora estoy prisionero!
Mas lo que llevo á sentir,
y mas me lastima el pecho
es mi muy querida Zaira,
que el ir á verla no puedo.
Ay, Zaira del alma mia,
quien pudiera ser correo.
é ir á llevar la nueva
del parage en que me veo..
El amo que atento escucha,
se metió pronto allá dentro,
y le dice, mira moro,
juro á ley de caballero,

si me cuentas la verdad
de lo que estabas diciendo,
de ampararte en cuanto pueda,
y darte libertad luego.

El turco le respondió
formando un suspiro tierno,
si mes estás atento un rato,
te he de contar mi suceso.

Yo soy principe de Argel
y Señor de todo el reino,
y estaba recién casado
con el hermoso compendio
de la princesa de Túnez,
y ese es el dolor que siento;
y aquellos tres que llegaron
aquí en mi acompañamiento
eran deudos muy cercanos
de mi muy querido dueño;
y fuè que estando una noche
los cuatro tomando el frezco
en las orillas del mar,
llegó ese barco sobervio,
y sin poder escaparnos,
nos trajeron prisioneros,
donde estoy á tu mandado,
y así por Alá te ruego,
que me concedais licencia
para que le escriba un pliego,
dándole cuenta á mi padre
del parage en que me veo,
que tendreis por mi rescate
un millon de oro muy cierto.

El amo le respondió
muy cortesano. y discreto:

si es verdad lo que me dices,
desde luego te prometo
el darte tu libertad,
y de ponerte en tu reino,
pues vale mas mi palabra,
que cuanto tiene un imperio;
pero el turco agradecido
metió la mano en su pecho,
y sacando una venera,
y un toison de grande precio,
le dice: Toma, Señor,
estas dos prendas que tengo,
y mira que las guardéis,
que son de estimado precio:
el amo las recibió,
y al punto se despidieron:
se fuè donde estaba su dama,
contándole este suceso,
le dieron cuenta á su padre,
y todos tres muy contentos,
den libertad á el esclavo,
pues se lo ofreció D. Pedro,
y con aquestas razones,
abreviando el casamiento
se celebraron las bodas,
donde hoy viven muy contentos,
dándole gracias á Dios
doña Isabel y D. Pedro.
Dejemos en este estado
este romance Primero,
que en otra segunda parte,
noble auditorio discreto,
daré noticias cumplidas
de esta historia por entero.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Sí con el primer romance,
noble auditorio discreto
no le di fin á la historia,
atencion que ya comienzo.
Ya sabran como quedaron
doña Isabel y D. Pedro
muy unidos y conformes
en su feliz casamiento,
y deseoso de hallar
embarcacion en el puerto,
para embiar al esclavo:
que el que es noble y caballero
se porta de aquesta suerte:
y andando con grande anhelo,
tados los días salian
el principe con D. Pedro
á divertirse á la playa
y una tarde quiso el cielo,
que estando los dos sentados
en el muelle llegó al puerto,
un navio de irlandeses,
que le faltó bastimento
para seguir su viaje,
y el caballero á este tiempo
se metió en la embarcacion,
y al piloto marinero
le preguntó donde iba;
y le respondió diciendo:
para la ciudad de Argel
ciertas mercancías llevo,
que alla tengo buen despacho,
y le dice el caballero:
Amigo, si usted pudiera
sacarme de aqueste empeño,
que hay en mi casa un esclavo;

que ha servido mucho tiempo
á sus amos lealmente,
y prometido le tengo,
de darle la libertad,
y de ponerlo en su reino,
y si usted quiere llevarlo.
pagaré el viage luego:
dijo que sí, y lo ajustaron
el trasportarlo en cien pesos.
Se despidió vigilante,
fué á su casa el caballero.
y le dice; esposa mia,
has de saber, que ya tengo;
el viage negociado,
y embarcacion en el puerto,
para que lleve el esclavo
á su tierra con acierto:
mañana por la mañana,
si viene feliz el viento,
tiene de ser la partida,
y la dama con contento
pidió licencia á su esposo,
y se la concedio luego,
para hacerle una fineza
á el Príncipe por el premio
del Toison y la venera,
y en aqueste mismo tiempo
sacó un collar de esmeraldas,
y un anillo de los dedos
de záfiro, y rubies
con esmaltes de gran precio,
y le dice; toma, Moro,
estas dos prendas te entrego.
y en llegando á ver tu esposa
dile que yo se las ofrezco,

para que de mi se acuerde
ahora, y en todo tiempo:
y así que amaneció el día,
con grande acompañamiento
salieron hasta la playa
adonde se despidieron.
Entró el turco en el navio
largan las velas á el viento,
y dentro de pocos días
desembarcan en el puerto
de la gran ciudad de Argel,
y el principe muy contento,
se despidió de la gente
y á nadie contó el suceso;
se fué para su palacio.
à así que se vido dentro,
llegó donde está su Padre
estas palabras diciendo:
Dulce padre de mi vida,
ya permitieron los cielos,
que tengais á vuestra vista
á tu hijo prisionero,
que en la ciudad de Alicante
encontré un amo tan bueno,
que así que supo quien era,
me hizo muchos cortejos,
y me dió la libertad,
y á costa de su dinero
me ha traído á tu presencia,
y esto merece gran premio;
alborotose el Palacio,
y la princesa á este tiempo
acudió despavorida
á ver á su amado dueño
ecchos sus ojos dos mares,
le echó los brazos al cuello,
sacó el collar, y el anillo,
estas palabras diciendo:
Recibe allá estas dos prendas,
que por presente te ofrezco
del amo que yo tenia,
porque hagais memoria de ello,
las reeibió la princesa:

se puso el collar al cuello,
y juntamente el anillo
en sus muy hermosos dedos;
intentaron el hacer
muchas fiestas y torneos,
en gloria de que ha venido
el principe á ver su Reino.
Dejemos en su alboroto
á los Moros, mientras vengo
á la ciudad de Alicante,
y digo que el tal D. Pedro
se le ha ofrecido un viaje
á Cartagena del puerto,
á tomar un mayorazgo,
que le viene de derecho:
llevó consigo á su esposa,
y á su muy querido suegro
y consigo una criada,
una tarde se partieron
de la ciudad de Alicante
en un barquillo pequeño,
pero la fortuna adversa,
le ocasionó un mal encuentro,
tres navíos argelinos
delante se le pusieron,
y sin poder resistirse,
los apresaron, y luego
asieron á la Señora,
y así que vido don Pedro,
que su esposa está cautiva,
llo de rabia y veneno
saltó dentro de un navío
mil travesuras haciendo,
á unos hierre, á otros mata,
á otros derriba en el suelo,
á otros arroja al mar,
adonde allí fenecieron.
Y viendo el daño que hacía.
y que no pueden prenderlo
hacen una estratagemá,
que era hecharle un lazo al cuello
y así que lo sujetaron,
me lo amarraron á un leño,

y á la gran ciudad de Argel
 en breve la vuelta dieron,
 van á darle cuenta al Rey
 de la presa que habian hecho,
 y como traen maniatado
 á un vigilante mancebo,
 que matò cincuenta moros,
 y heridos mas de otro ciento
 y á no haberle sujetado,
 diera fin de todos ellos;
 el Rey que atento escuchaba,
 mandó que luego al momento
 lo lleven á una mazmorra,
 y que lo cargen de hierros,
 luego que traigan dos potros,
 y atado á la cola de ellos
 lo arrastrasen por las calles
 porque sirva de escarmiento;
 y despues de arrastrado,
 con unos garfios de hierro,
 le hiciesen cuatro pedazos,
 y á la mar lo hechasen luego.
 La hermosa doña Isabel
 viendo á su querido dueño
 metido en tanto peligro,
 eran tantos los lamentos,
 las lágrimas y suspiros,
 que ablandan el duro acero
 y así que alcanzó á saber
 como se hallaba en el puerto
 de la gran ciudad de Argel
 aquí tomó algun consuelo.
 Pidió licencia á su amo,
 que le concediese luego
 la dejase ir á palacio,
 por ver si hallaba un empeño;
 el amo se lo concede,
 como haciendo mofa de ello,
 y tambien le dió dos turcos
 para su acompañamiento;
 iba la noble señora
 por las calles de este pueblo
 tan triste, y desconsolada,

que parece un misionero;
 llegó cerca del palacio,
 cuando en este mismo tiempo
 la princesa que escuchaba
 el alboroto, y estruendo,
 vió venir á los dos turcos,
 y en medio aquel Angel bello,
 y que venia llorando,
 los llamó con un pañuelo,
 y ellos acudieron pronto,
 mil reverencias haciendo.
 La hermosa doña Isabel
 vido que tenia al cuello,
 aquel collar de esmeraldas;
 pronta le miró á los dedos,
 y conociendo el anillo,
 estas palabras diciendo:
 Cierto es, hermosa señora,
 que esas dos prendas que veo
 puestas en vuestra persona,
 fueron mias algun tiempo,
 yo se las di á vuestro esposo
 cuando estaba prisionero.
 Zaira que atenta escuchaba,
 le respondió así, diciendo;
 Pues dime tú, de donde eres?
 y le respondió al momento;
 de la ciudad de Alicante
 soy para el servicio vuestro,
 mi nobre es doña Isabel,
 mi esposo D. Pedro Azedo,
 el cual libró á tu marido,
 y lo trajo á aqueste reino,
 y hoy está en una mazmorra
 entre prisiones y hierros,
 y esta sentenciado á muerte,
 y así, señora te ruego,
 que seais mi medianera
 pues que tan sola me veo.
 Apenas aquesto oyó
 Zaira, se partió al momento
 á buscar á su marido,
 que está en la cama durmiendo

dice: despierta Jamete
que has de saber por muy cierto:
que está aquí doña Isabel,
y tambien D. Pedro Azedo,
el que has metido en prisiones
para dar castigos fieros,
es el que te libertó,
y te trajo á aqueste reino,
y ahora es preciso la ampares,
porque á ley de Caballero,
obras con obras se pagan,
y mas si se estan debiendo.
Jamete, que aquesto escucha,
partió al balcon como un trueno
conoció á Doña Isabel,
y le mandó entrar á dentro:
y al punto despachó un posta,
en que sacasen al reo,
y lo traigan á palacio,
sin que le agravien un pelo,
lo ejecutaron al punto,
y asi que los dos se vieron,
tiernamente se abrazaron,
como amigos verdaderos:
Jamete, dijo; señor,
como se truencan los tiempos;
de cuando fui vuestro esclavo
muchas finezas te debo,
estoy muy agradecido,
y ahora pagartelas quiero.
Estuvieron en palacio
mas de dos meses y medio,
de todos bien asistidos:
y acabándose los torneos,
dijo D. Pedro: señor,
ya me parece que es tiempo

que me dejeis ir á España,
que gran falta estoy haciendo.
Mandó el rey luego al instante
que apretasen en el puerto,
cuatro navios de guerra
con toditos sus pertrechos
para que le acompañasen,
porque puedan defenderlo,
y á otro dia de mañana
con músicas é instrumentos,
le acompañó hasta la playa
y tambien le dió un navio,
con gran porcion de dinero
para que de él se sirviesen.
Cortesmente se despiden,
navegando á vela y remo,
y dentro de cuatro dias
llegaron á ver el puerto
de la ciudad de Alicante,
y el valeroso D. Pedro
con su bandera de paz,
á recibirlo salieron,
haciendo rumbosas salvas,
y cuando contó el suceso,
todos quedaron pasmados:
y en aqueste mismo tiempo
pagó muy bien el viaje
á los que con él vinieron:
luego los cuatro navios
á sus tierras se volvieron,
y ellos saltaron en tierra
muy alegres y contentos,
dándole á Dios muchas gracias
y á la reina de los cielos.
Y ahora Juan José Lopez
pide perdon de sus yerros.

FIN.

CARMONA:—1861. Imprenta de D. José Maria Moreno,